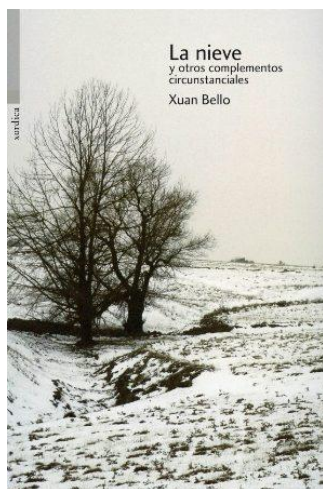


## Xuan Bello, *La nieve y otros complementos circunstanciales*. Zaragoza, Xordica, 2012. Trad. José Luis Piquero.



Un libro **misceláneo**, casi un **diario** o un **ensayo**, donde el autor va desgranando sus reflexiones desde Asturias sobre el mundo, las lenguas minoritarias, la patria chica... Tono melancólico, rememorativo, todo un canto a lo pequeño y aparentemente insignificante, pero que nos toca el alma, contado con un estilo poético, culturalista, sin negarse a la mezcla de géneros, de lo tierno y lo trágico, lo trivial y lo filosófico.

El autor, nacido en **Paniceiros**, Asturias, en 1965, ha publicado antes los **poemarios** *El libro de los cenices* (1988), *Los nomes de la tierra* (1990), *El llibru vieyu* (1994) y *Los caminos secretos* (1997). Tiene también las **antologías** poéticas en asturiano y español *La vida perdida* (1999) y *Ambos mundos* (2012). También ha escrito **novela**: *Historia Universal de Paniceiros* (2002) y *Los cuarteles de la memoria* (2003).

### LADRIDOS (pp. 24-25)

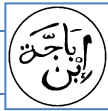
A Alfonso Castelao

Ustedes se han visto en más de una ocasión en la tesitura amarga de defender las pequeñas lenguas. Eso les pasa por ser lectores de un libro como este. Si tuviesen otros vicios, y se dedicasen a la especulación inmobiliaria en el Ayuntamiento de Oviedo, nadie les vendría a decir que es una pérdida de tiempo hablar o escribir en una lengua tan pequeñita. Aunque parezca imposible en esta Asturias que se acaba, a Alicia Castro nadie le va con el cuento de que el asturiano es un atraso y que las lenguas mundiales son el súmmum de la evolución de la especie. A ellos, y a todos los demás próceres, los dejan en paz. A fin de cuentas, quien va con esos argumentos no atiende a razones y solo escucha, claro y alto, el acento cristalino del dinero. No importa nada lo que le digan: él siempre contesta con el ladrido del perro faldero.

Pero vamos a lo que vamos. Es muy curioso ese afán puesto en la defensa de los más ricos, esa vehemencia en la propagación de los idiomas universales. El idioma inglés tiene tantas virtudes que parece que no hay parados en Inglaterra ni negros marginados en Harlem. «Yo prefiero que mi hijo estudie inglés», me dice alguien con acento de Mieres, «y no el asturiano, que no tiene futuro». De ahí pasó a afirmar la bondad de un mundo en el que la humanidad se expresase de una única manera citando el esperanto y el volapuk como grandes fracasos de la especie humana. Yo le contesté que prestase atención a los perros: de Japón a Galicia ladran en el mismo idioma y ya ven a qué grado de civilización han llegado. No me entendió aunque, educado, contestó con un imperceptible ladrido.

### LABOR (pp. 29-30)

Empezar a hacer cosas, fundar partidos, tener ideas, decir cómo hay que arreglar el mundo y armar, en un pispas, la bolera de un gobierno son, sin duda, los deportes favoritos de los asturianistas. Ya dije en otra ocasión —y la verdad es que no sé si lo dije yo o lo dijo otro— que lo que aquí faltan son tenientes, sargentos y cabos y lo que sobran son generales. Cada día que pasa admiro más a los conservadores, a los mantenedores de lo que consideran bueno, y tengo en menos, en mucho menos, a los que hacen de la improvisación genialidad y de la ruptura un *leitmotiv* grotesco que los acompaña toda la vida. Fundar, inaugurar, empezar, proyectar es fácil. Lo verdaderamente difícil es continuar.



Es cierto que tenemos que estar orgullosos porque, aunque sea a trancas y barrancas, vamos continuando. Es verdad que tenemos vicios y a cada paso que damos vemos cómo nacen cien tempestades en un vaso de agua, cien nuevos partidos con cien siglas distintas que nos ofrecen lo mismo de siempre pero mucho mejor. Pienso que hay que acabar con esta mal-disposición del ánimo asturianista y confirmarnos en lo que somos: conservadores y propagadores de unas ideas de progreso que quieren que aquí, en Asturias, se viva bien.

No faltarán, por supuesto, los que a cualquier precio quieran pasar a las páginas doradas de la historia de Asturias, como si este pueblo fuese a tener otro libro que el del olvido. Reivindico al que sostiene, al generoso: a aquel que nunca va a tener otra recompensa que saber que la labor hecha bien parece.

## UNA VIEJA HISTORIA (pp. 39-41)

(Un corresponsal de pueblo, de la zona de Babia, en León, vivía en la más completa soledad, pero cumpliendo fielmente las obligaciones de su cargo comunicaba siempre al periódico las pequeñas cosas que allí pasaban: una vaca comida por los lobos, una reclamación de los vecinos para que asfaltaran una pista, etc. Una noche llamó a la redacción y dijo que iba a dar al periódico una importante primicia: se había cometido en el pueblo un crimen espantoso y pedía que enviasen un redactor y un fotógrafo para cubrir la noticia.)

Un crimen horrible sucede todos los días, pero no frecuentemente a la puerta de casa, y hacia las seis de la mañana para allí se dirigió quien me lo contaba acompañado de un fotógrafo. Cantaban los gallos, quebraban albos cuando llegaron a la aldea donde descubrieron al corresponsal disfrazado con todos los trapos imaginables de la caza: sombrero, canana y, al hombro, una escopeta de doble cañón. «¿Dónde está el muerto?», preguntaron. «Muerto todavía no hay», contestó el corresponsal, «pero lo va a haber enseguida porque de hoy no pasa el cabrón de Honorato». Se quedaron estupefactos los visitantes y el corresponsal añadió: «Vamos a tomar algo al bar. No se puede matar a nadie en ayunas».

Estuvieron toda la mañana en el bar escuchando las quejas del corresponsal: que si Honorato le metía las vacas en la era, que si se reía de su mujer... El periodista, el fotógrafo y el corresponsal se pasaron el día bebiendo. Y a última hora el corresponsal, ya satisfecha su soledad, les mandó que se volvieran para la capital: «¿Sabéis lo que os digo? Que ya no hay noticia: borracho yo no mato a nadie».

## CITAS CLANDESTINAS (p. 53)

“Una cita sobre Dios: a Borges le preguntaron si creía en Dios: “Si la palabra Dios significa un ser que vive fuera del tiempo, no estoy muy seguro de creer en él. Pero si significa ese algo nuestro que está de parte de la justicia, entonces sí creo que, a pesar de todos los crímenes, hay un propósito moral en el mundo”.”

## VIAJE (pp. 62-63)

El viaje ya no existe. La abolición de la distancia (y en este planeta las distancias largas ya no existen) acabó con el alma del viajero. Uno puede volar de Ranón a Sidney, que es lo más lejos que se puede ir, en menos de un día, y aunque uno llegue allí más o menos exhausto, la perspectiva no puede ser otra que la evidente: las antípodas (con sus canguros, los aborígenes del National Geographic y las colonias irlandesas y escocesas) están tan cerca de casa que casi de un salto estamos allí.

En cualquier lugar del mundo estás en casa o al lado de ella. Ayer mismo, en Paniceiros, estaba yo en la ventana cuando apareció caminando despacio un marroquí que vendía alfombras. La imagen,



desusada, me sorprendió no poco; los de mi casa, por el contrario, vieron la aparición de aquel hombre como el hecho más cotidiano del mundo: «Ya tardaba en venir Mustafá», comentaron. Y es que aquel hombre, criado en una aldea del Atlas indeciblemente lejana hace menos de diez años era uno más del ir y venir del lugar, alguien que ya había pasado por allí más veces: y como pasó, ya saben, se quedó. El mundo, hoy en día, es un ovillo de caminos entrelazados. Todos los caminos terminan por comunicarse, y nosotros, peregrinos, no sabemos dónde vamos a salir. Para tener la sensación del viaje tenemos que hacer esfuerzos no siempre compensados por la sorpresa final. Por ejemplo, ir de Paniceiros al Fondar, una braña de Tineo, puede llevarnos siete horas andando. Subimos por los caminos empinados y la encontramos: la antena parabólica que nos dice que allí, como en Australia, están los aborígenes.

### (pp. 54 y 55)

El ajedrez y la muerte: sigo con Borges y sus magias a través de estos *Cuentos breves y extraordinarios*. En el volumen, una antología que había confeccionado en la década de los 50 mano a mano con Adolfo Bioy Casares, se recogen mil maravillas. Esta, «La sombra de las jugadas», atribuida a Edwin Morgan, me deja una inexplicable melancolía: «En uno de los cuentos que integran la serie de los Mabinogion, dos reyes enemigos juegan al ajedrez mientras que en un valle cercano sus ejércitos luchan destrozándose. Llegan mensajeros con noticias de la batalla; los reyes no parecen escucharlos y reflexivos sobre el tablero de plata mueven las piezas de oro. Gradualmente se va aclarando que las vicisitudes del combate son las mismas que las del juego. Al anoecer, uno de los reyes derriba el tablero, porque le han dado jaque mate, y poco después un jinete ensangrentado le anuncia:

—Tus hombres huyen. Has perdido el reino».

Leo esta fábula y se me ocurre una pequeña variación. Sobre la mesa del Campa imagino que la simetría que se establece entre la partida de ajedrez y la de la batalla tiene que ser especular; quiero decir que solo refleja la aparente simetría de los espejos; la izquierda se ve a la derecha, la palabra adán se refleja como nada. Calculo, especulo, que todo esto tiene que tener un correlato en el azar, un correlato incluso moral. Mientras se va aclarando que las vicisitudes del combate siguen las vicisitudes del juego, mientras en la mente del rey se prefigura la última jugada que lo ha de llevar a la victoria, y el otro derriba airado el tablero, un jinete ensangrentado anuncia al vencedor:

—Tus hombres huyen. Has perdido tu reino.

Estoy seguro de que a Jorge Luis Borges y a Adolfo Bioy Casares ya se les debió ocurrir una variación tan evidente. Imagino a Bioy, socarrón, diciéndole a Borges:

—Pero che, esa es la moral del criado que aún cree en la existencia de cierta justicia poética. ¿No dicen que quien es afortunado en amores es desafortunado en el juego? Pues eso, che, no tiene nada que ver con reyes venerables y sombras célticas.

### JAMÁS (pp. 64-65)

Jamás es un adverbio de tiempo que debería ser adverbio de falta de tiempo. Jamás volveremos a leer ese libro, jamás tendremos tiempo o siquiera voluntad para sacar adelante aquellos proyectos en los que habíamos soñado. Cualquier expresión temporal, cuando viene precedida por el enfático jamás de los jamases, es atemporal, materia inmaterial, suspiro, deseo o sueño. En el país del Jamás cualquier tiempo futuro es puro pasado.

La ciudad cambia. Uno va caminando tranquilamente por la calle y de repente no sabe si está soñando o si, inmerso en los propios sentimientos, acabó metiéndose por donde no quería. Pero no: al azar, llegó al camino de siempre, si sigue unos cuantos metros irá a dar a la iglesia de San Juan; con desolación advierte que ese edificio que derribaron solo era patrimonio de su melancolía y que, al parecer, no tenía valor para nadie más. Ahora, ahí, en el solar en el que estaba el Manantial van a levantar otro edificio, salvo un milagro, horrible y desubicado.



Las ciudades prosperan, se suman, desaparecen. Como todo órgano vivo, su destino se rige por leyes implacables. El caso es que Oviedo, lo advierte el caminante mientras vuelve de por allí, ni vive ni muere: se convierte en un espacio asfixiante donde se borra cualquier huella del pasado. No se trata ya de ser conservadores, pero una ciudad que decide bruscamente acabar con sus señas de identidad está simplemente dando fe de muerte. En la ciudad del Jamás no hay futuro. Tampoco señales del pasado perceptible; y todas esas farolas y jardineras son solo la ornamentación de un pomposo funeral.

## AMOR (pp. 71 y 72)

Estoy sentado esperando el autobús y me quedo de piedra al leer una pequeña pintada, escrita a boli, en uno de los tabloncillos del banco: «Vanesa María está por Josemari un 60% y por Gonzalo un 40%». Me restriego los ojos y no consigo creer lo que leo: el 100% del corazón de Vanesa María, una niña que menos mal que pintó para adornar la frase lapidaria unos corazoncitos muy aparentes, está perfectamente repartido, sin fisuras y sin compartimentos secretos.

Estaba yo allí sentado y el autobús no llegaba, y me quedé cavilando sobre el corazón compartimentado de Vanesa María. Junto a mí, unos críos de doce o trece años hablaban de rallies, vértigos pre-adolescentes y otras pasiones hormonales. Uno de ellos, con cara de llamarse Josemari, afirmó que Schumacher, un corredor, cobraba una millonada por ponerse a 300 por hora. El compañero de Josemari, que sin duda se llamaba Gonzalo, afirmó muy pensativo que él no le veía ningún mérito a ganar tantísimo solo por manejar un coche. «¡Si por lo menos fuera médico o pintor!», afirmó buscando la complicidad del amigo.

Josemari, que había ganado el 60% del corazón de Vanesa María, sintió que su amor estaba en alza mientras los tiernos sentimientos de Gonzalo se deslizaban por la tubería de la depreciación. «Pues los de la NBA cobran mucho más y eso por meter la pelota en un cesto», dijo. Y añadió: «Eso es lo que tiene valor hoy en día: no hacer nada y ganar mucho». Gonzalo hizo una mueca de escepticismo y miró alrededor, con esos gestos que quieren ser adultos. Miró la pintada, comprobó que el 40% seguía intacto, y suspiró.

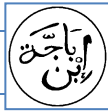
## BREGA (pp. 91-92)

Ya ves cómo es mi vida aquí. Con un hijo *handicapé*, sin hombre y esto que es tan grande, todo el día de un lado para otro, bregando, como en el pueblo pero más esclavo. La vida no va mal, no soy yo de las que se quejan, pero a veces una claro que está a punto de reventar. Pero mira, hijo: si voy a decirte la verdad, hace treinta años que me vine a París y no lo cambio por nada.

¿Que por qué vine? Porque tenía un hombre que me reventaba a palos. Era bueno, no te digo yo que no, pero en cuanto cogía la botella se convertía en otro. Un día me dijeron en el juzgado que ni separarme ni ostias: eran los años del Franquismo, ya sabes, y lo del divorcio era impensable; así que el juez me dijo: márchate, que te mata. Y ya me ves con dos maletas, una máquina de coser y un hijo *handicapé* de la mano.

Vine a servir, que aquí hay mucha señora. Y aquí llevo desde entonces. Ahora tengo lo de la portería, para arreglar lo de la jubilación, y vuelvo a Asturias una vez al año. A veces pienso en aquello, en aquella vida que tuve. Y en la que voy llevando, no pienses que tan arreglada. Pero la vida de los pobres es así, lo mismo para un turco que para un africano. Me lo decía hoy una senegalesa en Pigalle: toda la vida acarreado cántaros a la fuente en el pueblo y ahora acarreado miseria por París.

No sé si las cosas van a cambiar algún día. Yo, estar, estoy contenta: vine a este mundo sin nada, trabajé toda la vida y tengo un piso en Gijón. Cuando vuelvo a casa en metro, pienso si mereció la pena tirar por esta vida. Y miro a mi hijo y sé que sí.



## UTOPIÁS (pp. 95-96)

Es rara la época que no tiene su particular utopía. Más allá de la isla de Tomás Moro intuimos que tiene que haber una tierra dulce donde vivir, ya se sabe, que no canse tanto. Uno anda buscando esa tierra de delectación desde que fue consciente del exilio y sintió en carne propia las heridas de la soledad. Quizá exagero, pero a la canción de hoy le sienta bien un matiz desgarrado, como de tango finisecular. A veces apetece armar sobre el aire la bolera del mundo y pergeñar, en una servilleta, la constitución fundamental de esa tierra soñada. Diseñar una utopía de bolsillo, conscientemente intransferible, pero que dibujara las condiciones de nuestra felicidad. La que más me gusta de las que tengo leídas es aquel contrato que Stendhal suscribía con Dios. Pedía, entre otras cosas, que todas las mañanas apareciera sobre la silla doblado y planchado el mismo traje; una cantidad modesta en los bolsillos, suficiente en todo caso para las eventualidades del día; un filete con patatas a la comida y una cena moderada; trato carnal cada quince días y la capacidad de evitar —tres veces al año— la desgracia ajena.

No sé dónde se firmarían estos tratos, pero yo por si acaso estoy fijando varias obligaciones contractuales: levantarme por la mañana y que, tras las ventanas, alterne el sol y la lluvia, exactamente como en mi alma; dinero poco, pero suficiente; tiempo para repasar los libros ya leídos y para descubrir otros nuevos que iluminen el espíritu de los antiguos; una vaga predisposición al viaje y, al atardecer, naciendo de mis pies, los caminos de la aventura, de la vida.

## AUTORIDAD Y AMBICIÓN (pp. 100-101)

Cheng Tzu era un emperador chino de la dinastía T'ang que pensaba que su trono estaba en mitad del Imperio y que el Imperio, como no podía ser de otra forma, estaba en la mitad del universo. Cada vez que el tirano daba un paso, pensaban los astrólogos de palacio, el Imperio se acomodaba a él, y el universo al Imperio, de manera que la centralidad siempre la marcaba aquella siniestra figura. El caso se refiere por ahí como un primer caso de paranoia colectiva y se matiza con otros datos dignos de mención: la sed de sangre del Emperador, que reventaba a los campesinos a impuestos; unos amores sin importancia y dos acciones de Gobierno (por utilizar el triste dialecto de nuestro tiempo) que le dieron fama por esa mezcla de ambición y autoridad disparatada que encierra toda monstruosidad.

La primera es que mandó quemar todos los libros de las riquísimas bibliotecas chinas. Cheng Tzu, que ya era el centro del universo, quería ser también el primer rey-dios: el pasado era una tierra que no podía controlar y concibió que arrasarlo era una manera de controlar el futuro.

La segunda fue un mapa: un mapa perfecto a escala de la realidad; mandó hacerlo con esta exigencia: debía de tener el tamaño exacto del reino. En él había de reproducirse cada perro, cada sombra, cada loma, cada río, cada lago. Incluso el emperador tenía que estar allí. En vano se pusieron los cartógrafos a la tarea: pronto descubrieron que era imposible y, además inútil. Algo así como la locura del Emperador.

## HUMO Y SILENCIO (p. 118)

Decía Josep Pla, que en gloria esté, que él fumaba para poner un poco de humo entre él y la existencia tremenda.

## LOS SIETE MENSAJEROS (p. 135)

“Sufrir es malo”, aseguraba San Agustín, “pero es bueno haber sufrido”.



## UNA CARTA DE JON KORTÁZAR (pp. 156-162)

Me envía Jon Kortazar tres libros: unas *Baladas y canciones tradicionales vascas*, el libro de Ramón Saizarbitoria que yo le había pedido, *La tradición de Kandinsky*, y una fotobiografía espléndida, firmada por él, titulada *El poeta Gabriel Aresti (1933-1975)*. A mí me gustan mucho estos envíos, que vienen de la amistad y encierran en un sobre preocupaciones y deseos, inquietudes y esta convicción mía de que el mundo, finalmente, lo cambian unos pocos. ¿Qué sería la literatura vasca sin Gabriel Aresti? ¿Algo más que una curiosidad erudita con cierta tradición? ¿Quizá un proceso emergente hoy, a principios del siglo XXI? Quiere decirse, ¿un proceso que surge, como el asturiano, para caer lo más seguro en el abismo del olvido? No sé: quizá la obra poética de Aresti es de esas esenciales, ya que transforma la literatura del pasado —puesto que a partir de él se lee de otra manera— y la del futuro.

El caso es que los tres libros que me envía Jon Kortazar tienen la virtud de expresar tres momentos de la literatura vasca y la evidencia de que nada se funda sobre la arena. Repito esta frase para decir lo mismo diciendo lo contrario: los tres libros que me envía mi amigo evidencian que la literatura vasca se fundó sobre el vacío, sobre la necesidad, sobre la voluntad, si quieren; se fundó, sobre todo, sobre los sueños de aquel muchacho, aún castellano hablante, que salía de una escuela mercantil y que un día descubrió en la perspectiva de la llovizna un destino al que se sentía irremediabilmente atado. Años después escribió:

*Piedra  
que no caíste del cielo,  
bien labrada,  
trabajada  
por un maestro hábil muy hábil,  
basamento,  
pie,  
cimiento,  
(adoramos en ti),  
(nunca caerás),  
(hace mil años),  
(entre los vascos),  
piedra  
que cogió la figura del árbol  
con descuido te pusimos  
bajo la canaleta y el agua  
te comió.  
Tú,  
árbol,  
piedra vasca.*

Unas palabras tan esenciales como las que acabo de traducir, que ya había traducido en 1982 cuando escribía aquellos poemas de *Nel quartu mariellu*, son la base de la duda y de la convicción, en la que se levanta la literatura vasca. Consecuencias del poema, o del programa poético que se establece en este texto: la cultura de Euskadi no cayó del cielo, no es algo que Dios enviara porque sí (como en aquellos ásperos años cincuenta defendía tanto vate con sotana); fue, efectivamente, trabajada «por un maestro hábil muy hábil»: el pueblo que habló el idioma durante siglos y siglos y la transformó «en árbol»; pero la inercia de la historia, y la injusticia, pusieron la piedra-árbol bajo la canaleta: la erosión puede ser definitiva. Más tarde, entreviendo las consecuencias de este poema, escribiré un aviso de navegantes:

*Mi vasquidad  
tiene sus fronteras:  
tenedlo en cuenta.*

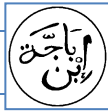


*Al norte: la justicia.  
Al sur: la libertad.  
Al oeste: que el hombre tenga una vida, noble  
(fiesta dos días a la semana  
y una vez al año sabbotnik).  
Al este: que gane un salario suficiente para que  
estudien  
los hijos (y las hijas).  
Y el vasco que no tenga estas fronteras  
no es vasco  
porque no es hombre.  
Firmo esta blasfemia  
con mi sangre  
en las vacaciones de este año  
en el valle de Trápaga.*

Algunas obras literarias son, por sí mismas, una paradoja. Gabriel Aresti, muy consciente de ello, indagó en las fronteras del propio corazón, y también en el corazón del pueblo, para expresar que, al final, todas las cosas son dos: la piedra dura, al cabo de los años, es arena seca; la única vida perdurable es esa parte nuestra que no nos pertenece, que es la de todos. Está claro que el ambiente intelectual de la época —la resistencia antifranquista— es en buena medida responsable de esta forma de indagar en la realidad, de analizarla; pero al margen de las corrientes literarias de la época, quiero señalar que esa «oportunidad histórica» supuso nada menos que la fundación de la literatura vasca.

Es cierto que existen textos en euskera (y algunos de ellos de una valía indudable) desde el siglo XVI. El primer libro de Etxepare, que tantos parecidos tiene con la obra poética de Antón de Marirreguera, arranca con una tradición escriturística que nunca más se va a romper. Existía antes una riquísima literatura oral, que va a ser compilada desde el siglo XVIII y que va a recibir muchas atenciones con el estallido romántico del XIX (es decir, con la entrada de la modernidad). Hubo otros poetas de consideración antes de Aresti (Orixe, Lauxeta, Lizardi, Mirande) pero hasta que Gabriel Aresti no pensó en subirse a Gorbea y organizar la salvación del euskera la literatura vasca era en el mejor de los casos una aspiración y normalmente una nota erudita o una ocasión más para los juegos florales. La obra poética de Gabriel Aresti transforma el pasado y el futuro: hace que se lean de otra manera estas baladas vascas y, también de otra manera, la obra de autores como Ramón Saizarbitoria, Bernardo Atxaga o Jon Juaristi (que cuando escribe en castellano sigue haciéndolo a la sombra del poeta de Bilbao).

En 1899, el caballero Jean de Jaugain recogió en su libro *Legendes poétiques du Pays de Soule* una hermosa balada vasca. Se titula «Bereterretxeren Kantorea» y se supone que es un cantar que habla de la crisis que supuso el paso del Antiguo Régimen a la modernidad y empieza con una cuarteta intensa y desasosegada: «El olmo no tiene corazón. El requesón no tiene hueso. Tampoco había sospechado que los nobles dijeran mentiras». La preocupación por la verdad fue uno de los centros de la poesía de Gabriel Aresti: «Yo siempre diré la verdad», aseguraba en un poema y, a partir de ese momento, leemos la antigua balada de una manera muy distinta, no exactamente actualizada sino situada en un contexto definido. A partir de este momento se puede percibir, en toda su belleza, la literatura popular vasca, los antecedentes y aquello que aún está por llegar. El azar, lo sabe el supersticioso, nunca es casual: el hecho de que me vinieran en un mismo sobre estos tres libros me da la oportunidad de repensar la poesía de Aresti y sobre la función de la literatura en el proceso de conformación de la identidad. Vivimos en una época en la que la palabra escrita «pierde terreno» frente a la imagen; en una época en la que la poesía, máxima expresión literaria, puente entre el misterio y la filosofía, es un género que no se lee, un género que nadie se avergüenza de no leer. Pero la poesía es precisamente el eje que mueve la identidad, la más alta expresión del idioma. Gabriel Aresti lo comprendió, empezó con el euskera normalizado, volvió los ojos al dialecto de Amorebieta; sintió en la espalda el peso de su estirpe, el dolor de una lengua (que tenía ya mil años y que no había caído del cielo) nueva.



Resulta difícil no reconocer en los procesos del movimiento literario vasco de los años cincuenta el proceso actual asturiano. A veces, hasta asusta. Otras veces me he referido a la postguerra gallega, tan parecida en lo cultural a nuestra transición. O por decirlo otra vez con las palabras de Aresti: «Ahora estoy aquí, en este áspero desierto. En estas tierras, perdidos mis deseos, soy como los árboles sin ramas. Como el páramo tiene pobres plantas con las raíces en la arena y el rabo al aire, mi alma está a la espera de un milagro».

